

Reseñas

Carlos Vilas, *Estado, clase y etnicidad: la Costa Atlántica de Nicaragua*, FCE, Colección Popular, México, 1992.

A TRAVESADO POR LAS grandes preguntas que formulan las interpretaciones sobre el apoyo de la población a grupos contrarrevolucionarios, este libro se diría una saga de la formación social de Nicaragua, de su historia, y también de las preocupaciones e interrogantes disciplinarias de la sociología política en América Latina.

El autor parte de la tesis de que la mayoría de los conflictos de la Costa Atlántica que durante el gobierno sandinista auspiciaron el apoyo de la población indígena y criolla a los grupos contrarrevolucionarios se explica por causas históricas, en las que el “pasado [...] de la región se proyecta con fuerza viva sobre la problemática contemporánea y sobre sus participantes”. Por ello, se sumerge en la historia de Nicaragua. Analiza la determinación histórica en distintas etapas y campos, entre otros, la formación socioeconómica, la cultura, la composición étnica. Desde el siglo XVII, cuando florecen los colonialismos inglés y español y se da el primer contacto entre ingleses y la población indígena, hasta 1989, cuando se llevan a cabo las negociaciones entre el gobierno sandinista y las organizaciones contrarrevolucionarias.

La explicación central que recorre todo el análisis se basa en la diferencia y la falta de integración. Diferencia de raíces culturales y religiosas, diferencia de potencia colonizadora y, con ello, de formas de subordinación, de tiempos en la modificación de las instituciones autóctonas. Diferencia y falta de integración también en los modelos de desarrollo entre la Costa Atlántica y el *hinterland* en los que la formación social fue modulada por la presencia directa e indirecta de las potencias metropolitanas y por la competencia entre ellas. Primero Inglaterra y España, y después Inglaterra y Estados Unidos. Numerosos conflictos y escaramuzas armadas entre los distintos grupos indígenas se hallan asociados con la inclinación hacia una u otra potencia.

En tanto España pretendió implantar su dominio por la fuerza y la destrucción de las instituciones indígenas, estableciendo las propias, Inglaterra siguió la vía del intercambio con la población indígena y recurrió a un grupo —los misquitos— como intermediario en el comercio, la dominación y la esclavización de otros

pueblos indígenas (ramas, sumos, etcétera). A diferencia del Pacífico, la transformación de las instituciones indígenas del Atlántico fue lenta y gradual, producto de la interacción con emisarios y comerciantes ingleses, y tanto los misquitos como los creoles llegaron a asumirse como súbditos de la Corona inglesa. España no logró afianzar la colonización de la Mosquitia y sus colonos se vieron obligados a establecerse en San Juan del Norte, en Cabo Gracias a Dios y en el Black River, zona poblada fundamentalmente por garífonas (caribes negros), también leales a los ingleses.

La influencia inglesa se mantuvo a pesar de la declinación británica en la zona y de la creciente injerencia de los intereses estadounidenses, presentes en el tratado Clayton Bulwer firmado en 1850. Por medio de este tratado, Estados Unidos e Inglaterra se comprometieron a reconocer la Mosquitia como territorio independiente y a no ejercer influencia en ningún país de América Central. En 1860 finalizó el protectorado inglés sobre la Costa Atlántica y se reconoció la soberanía de Nicaragua, aunque se mantuvo el derecho de los misquitos a gobernarse según sus propias costumbres. Este derecho fue defendido por Inglaterra, lo cual entrelaza la reivindicación histórica del derecho de los misquitos a autogobernarse, con su inclinación hacia este último país.

En el siglo XIX, la expansión de los intereses comerciales ingleses en la Costa de la Mosquitia se basó en la caoba y en el comercio ilegal con los asentamientos del centro y Pacífico de Nicaragua. A la influencia de los intereses comerciales ingleses vino a sumarse la de las compañías estadounidenses dedicadas a la producción y exportación de caoba, oro, caucho y banano, cuya actividad impulsó el desarrollo de una economía de enclave entre 1880 y 1930. El auge económico atrajo también a algunos capitales nicaragüenses, provenientes de Granada y Managua. Cuando el territorio de la Mosquitia fue incorporado plenamente a la soberanía de Nicaragua en 1894 por el caudillo liberal Zelaya, y el español fue establecido como la lengua oficial de la zona, la identidad de la costa se mantuvo.

Con el fin de explicar la "ajenidad" cultural de la población indígena de la Costa respecto del resto del país, Vilas incorpora el estudio de las influencias culturales y religiosas, sobre todo la de la iglesia morava en la región, influencia que sella la distinción de raíces históricas entre la Costa Atlántica y el Pacífico. Expone detalladamente el proceso por medio del cual la iglesia morava se convirtió en expresión de la identidad étnica de las poblaciones costeñas indígena y creole a partir de su llegada a la Costa Atlántica en 1849, a petición del cónsul británico Walker. Los misioneros moravos dieron prioridad a la educación y alfabetizaron a los indígenas con el fin de difundir la Biblia. Los principales textos religiosos fueron traducidos al misquito, lengua que fue aprendida por los misioneros e incluso se publicaron gramáticas y diccionarios para enseñarlo. Además, los misioneros moravos participaron en los órganos de gobierno indígenas y a su vez los funcionarios de gobierno ocuparon puestos en las posiciones más prestigiosas de la iglesia morava. Aunque muchos fieles indígenas continuaron practicando su

religión original de manera oculta, o bien articulada con la simbología cristiana, la influencia morava arraigó en la población indígena.

El arraigo de la iglesia morava en la zona fue otro rasgo que contribuyó a la falta de integración cultural de la Costa con el Pacífico. No sólo por su diferencia respecto de la Iglesia católica, sino por la posición antiestatal sostenida por los misioneros moravos en virtud del laicismo del Estado liberal nicaragüense. La incorporación completa de la Mosquitia a la soberanía de Nicaragua trajo consigo la separación Iglesia-Estado, el cierre de las escuelas de la iglesia morava y el establecimiento del español como idioma oficial. Como símbolo de la incorporación, se dio el nombre de Departamento de Zelaya a la antigua Mosquitia.

Pruebas del descontento de parte de la población contra el gobierno nicaragüense, y de su inclinación por gobiernos anglófonos, fueron las demandas de apoyo al gobierno británico por parte de opositores residentes en Bluefields, con el fin de lograr que se revirtiera la incorporación. Aunque ni esas ni otras demandas tuvieron éxito, indican claramente hacia dónde se volcaban las simpatías de la población. Tampoco tuvieron éxito las acciones armadas de protesta. En 1905, el Tratado Inglaterra-Nicaragua reconoció la plena soberanía nicaragüense en el territorio de la antigua reserva Mosquita. Todavía en 1924, al cumplirse 30 años de la incorporación, algunos costeños, sobre todo creoles, enviaron cartas a Inglaterra denunciando los daños provocados por la anexión. Y en 1928 una Liga Patriótica Misquita pedía al secretario de Estado estadounidense que interviniera para restablecer el estatus anterior a 1894. Cuando el intendente Juan José Estrada se sublevó contra el presidente Zelaya, contó con el apoyo unificado de liberales de Bluefields y de conservadores. Sin duda, el apoyo liberal expresaba un contenido regional inequívoco, “por encima de las tradiciones partidarias de alcance nacional”.

Esta identidad regional costeña engloba a todos los grupos indígenas, en contraposición con la población mestiza —del Pacífico y radicada en el Atlántico. En ciertas coyunturas, la afirmación de esa identidad costeña se ha expresado en la oposición a las estructuras políticas del Estado nicaragüense, considerado como la continuación de la dominación española. De ahí que los referentes de nacionalismo y antiimperialismo que constituyen la identidad del Pacífico no se den en el Atlántico. “Las simpatías hacia potencias coloniales y neocoloniales habrían de definir brechas profundas entre la población costeña y las clases dominadas del resto de Nicaragua” (p. 137).

La falta de integración económica y cultural de la Costa al Pacífico empezó a ser atenuada a partir de la década de los años cincuenta, cuando el régimen somocista se planteó como objetivo incorporar de manera efectiva la Costa Atlántica al Pacífico, tanto en el plano económico de expansión de mercado, como en lo que se refiere al plano cultural, fomentando la hispanización de la Costa, propósito que Somoza expresaba como la “nacionalización espiritual” de la Costa Atlántica. A finales de los años cincuenta, el Estado empezó a promover la producción agropecuaria

en la costa para el mercado interno y la exportación, y se establecieron estaciones agrícolas experimentales.

La expansión algodонера en el Pacífico (León y Chinandega) significó la incorporación de tierras nuevas al cultivo algodonero y el desplazamiento de población por la apertura de nuevas tierras de frontera agrícola (departamento de Nueva Segovia en el norte, y la Costa Atlántica). El movimiento migratorio se dio en el transcurso de dos décadas, reforzado por el desarrollo de la ganadería de exportación y la producción de arroz.

La decadencia de la economía de la Costa, acentuada desde finales de los años cincuenta, trataría de ser contrarrestada por medio de la producción agropecuaria de exportación. Para promover estas actividades, el Estado construyó obras de infraestructura, y auspició el traslado de fuerza de trabajo a la zona, buscando a la vez homogeneizar a la población. Algunos de los organismos estatales, dedicados a promover proyectos forestales y pecuarios, enfrentaron la oposición *misquita*, que se expresó por medio de la provocación de incendios. Entre las causas del descontento se hallaban los bajos salarios, la aplicación de enfoques tecnocráticos que no tomaban en cuenta a la población, y también el despojo de bosques que tradicionalmente habían pertenecido a grupos indígenas. Aunque se les entregaron títulos de propiedad en zonas aledañas, el descontento de los indígenas sumos persistió debido a que las tierras eran insuficientes y la defectuosa demarcación originó litigios de linderos. A medida que crecía la población, aumentaban los reclamos de tierras.

En los años sesenta, se efectuó una reforma agraria bajo un enfoque de colonización y de incorporación de tierras, con el fin de aumentar la producción ganadera. También se promovieron cooperativas, programas de formación de dirigentes locales en educación, salud, etcétera. Vilas destaca que el crecimiento económico de los años 60-70 en la Costa Atlántica —cuya dinámica fue menor que en el Pacífico— produjo diversas tensiones interindígenas, de clase, y del Estado contra indígenas y campesinos, por el enfrentamiento de dos lógicas. Además, una parte de la población indígena fue desplazada de sus lugares de origen por la utilización de bosques y por la inmigración de campesinos venidos de otras zonas. A pesar de la migración de población del Pacífico, la identidad de la Costa siguió estando atravesada por la identidad étnica, y los conflictos más importantes se expresarían como Costa contra Centro, o bien como “español” contra indígena.

Las tensiones producto del crecimiento económico, aunadas a los factores de carácter histórico señalados por el autor —raíces históricas, culturales y religiosas que conformaron una identidad distinta de la del resto de la población—, estarían presentes y se agravarían a raíz de la caída de Somoza, en numerosas ocasiones debido a una errónea apreciación del régimen sandinista respecto de las características de la región.

En principio, las medidas dictadas por el gobierno revolucionario emanaron de una perspectiva de desarrollo regional, en la que la Costa fue vista como una

región más del país, también víctima de la explotación de los recursos por parte de compañías extranjeras; de ahí que se planteara aplicar el programa antiimperialista y antisomocista de la Revolución, ignorando que el antiimperialismo carecía de arraigo y de capacidad de convocatoria entre la población, debido a su aceptación de instituciones británicas y de la iglesia morava. Por ello, la nacionalización de los recursos naturales y la eliminación de la presencia extranjera no despertaron mayor interés entre los habitantes de la Costa.

La aplicación de otras medidas del gobierno revolucionario tampoco logró concitar apoyo entre la población, como la reforma agraria, la delimitación de un área de propiedad del pueblo, el fomento a la organización comunitaria y cooperativa, la nacionalización de recursos básicos, del comercio exterior y del sistema financiero, la política de integración física de la Costa (por medio de carreteras, tendido telefónico, electrificación), la transformación de la educación o la ampliación de los servicios de salud. La mayor parte de las medidas decretadas por el gobierno revolucionario al margen de la población indígena fue vivida como imposición.

Muchas de esas medidas iban en contra del estilo y del nivel de vida de amplios sectores de la Costa. A diferencia del Pacífico, donde la dolarización de la economía era practicada por sectores de la burguesía, en la Costa eran sectores populares e indígenas quienes se beneficiaban de la dolarización, utilizando en muchas ocasiones los envíos de residentes en Estados Unidos. De igual modo, la política de conservación de recursos naturales del gobierno revolucionario afectaba las costumbres de tala, pesca y caza que la población indígena practicaba para complementar su dieta. Esta política, aunada a la restricción económica y a la carestía, favoreció el descontento, al igual que algunas disposiciones que contribuyeron a deteriorar las condiciones de vida de la población, como por ejemplo la modificación de sistemas de pago (sustitución de volumen de captura pesquera por salario). Como anota certeramente Vilas, la revolución acentuó la presencia estatal, poco notoria durante el somocismo.

Por otra parte, en la percepción de una gran parte de la población de la Costa, la actitud de los funcionarios sandinistas era similar a la de los somocistas, ya que coincidían en el menosprecio que suscita una zona atrasada. La distancia entre funcionarios sandinistas y población local se vio agravada porque la lógica de control que rigió el nombramiento de personal gubernamental indujo a los sandinistas a contratar funcionarios a partir de lealtades políticas, localizadas sobre todo entre la población venida del Pacífico y que menospreciaba a los habitantes de la Costa debido al mayor atraso económico y social y a que la Costa no participó en la lucha antisomocista. Además, el tipo de proyectos que se pretendía instrumentar requería de personal calificado que no abundaba en la Costa, y al que se pretendía retener por medio de salarios más altos y privilegios de los que carecían los funcionarios locales. La falta de integración cultural se expresaba también en la arrogancia y prepotencia de los funcionarios enviados

por el gobierno central y en su escasa comprensión y respeto de las formas organizativas locales.

Los intentos del sandinismo de promover la incorporación de los costeños a las organizaciones del FSLN, provocaron resistencia, razón por la cual fue aprobada la creación de MISURASATA en noviembre de 1979 por intelectuales costeños, miembros del Movimiento Estudiantil Costeño con asiento en Managua, para representar a indígenas misquitos, sumos, y ramas. De hecho, los sandinistas habían favorecido la disolución de la ALPROMISU, formada durante el somocismo para defender reivindicaciones indígenas, como frenar el despojo de bosques y mejorar los precios de productos.

La actitud de rechazo de las autoridades sandinistas frente a la iglesia morava favoreció la desconfianza de la población, reforzó el objetivo de afirmar sus creencias y trajo consigo una mayor distancia de la organización indígena. En la dirigencia y cuadros locales de MISURASATA destacaba la presencia de pastores moravos que se articulaban a la estructura de las comunidades indígenas, conocían su idioma y participaban de sus costumbres, a diferencia de los cuadros sandinistas, que eran forasteros, no conocían el idioma ni las costumbres y confundían la desconfianza con que se les recibía con oposición.

Además de las diversas disposiciones y actitudes etnocentristas del régimen sandinista, que contribuyeron a agravar el descontento de la población, otros factores coadyuvaban al fuerte apoyo de la población a MISURASATA. Fundamentalmente, el hecho de que "el florecimiento de movimientos de renacimiento cultural está asociado a procesos de degradación social del grupo involucrado" (p. 289). El discurso religioso formaba parte importante de la autoidentificación cotidiana de los costeños. Dado que los intelectuales costeños no veían sus aspiraciones de ascenso social resueltas por el gobierno sandinista, atribuían este hecho a su identificación con la causa de su pueblo. Así, el enfrentamiento regional y étnico se transformó en político, y la organización creada con propósitos de reivindicación étnica contó con el apoyo suficiente para impulsar su propio proyecto político.

MISURASATA siguió una estrategia de incremento constante de demandas y la articulación de su argumentación étnica en una estrategia propia de poder. La concesión de una demanda se transformaba en base para exigencia de nuevas demandas. La independencia respecto del gobierno fue clave para la fortaleza de MISURASATA y la simpatía de la población.

Ante la creciente autonomía de MISURASATA, el gobierno sandinista modificó su posición inicial de otorgar más concesiones de las que se le pedían, como la autorización de establecer la educación primaria en misquito e inglés creole. También modificaría su actitud de tratar de manera homogénea a la población de la Costa, cuando había importantes diferencias entre los distintos grupos de población. Esta homogeneización había llevado a otorgar a MISURASATA el monopolio de la representación de la población costeña.

Cuando el gobierno sandinista empezó a tratar el problema con políticas diferenciadas, buscando distinguir reivindicaciones legítimas de aquellas demandas ligadas a la estrategia del gobierno estadounidense, logró restar fuerza a MISURASATA y hacer duradera la escisión de esta organización que se dividió en tres agrupaciones. El proceso de enfrentamiento de estrategias entre el sandinismo, por un lado, y la contrarrevolución y el gobierno estadounidense, por el otro, también es analizado con detalle, al igual que el proceso de negociación y diálogo emprendido por el gobierno sandinista.

El rigor analítico y documental con que el autor se esfuerza en reconstituir aquellas relaciones pertinentes para la comprensión de los fenómenos se complementa con el seguimiento de las tramas de relaciones a lo largo de la reconstrucción histórica, en un bien logrado intento omnicompreensivo en el que el enfoque de clases acompaña y se entrecruza con el de la etnicidad.

Sara Gordon